

El estudio histórico de la medicina

I

La importancia de las contribuciones de Laín Entralgo en áreas menos especializadas —como la antropología filosófica y la historia de la cultura española— hace a menudo olvidar que la historia de la medicina constituye el centro de su actividad intelectual. Puede afirmarse incluso que ningún aspecto de su obra se entiende adecuadamente sin tener en cuenta su condición de cultivador profesional de los estudios historicomédicos. El excepcional relieve de su aportación como investigador en este campo ha hecho posible la aparición de una auténtica escuela, a pesar de las condiciones hostiles que España ofrece para el desarrollo de disciplinas como la nuestra. Dicha escuela, por fortuna, se caracteriza por su pluralismo ideológico y metodológico. Los que formamos parte de ella intentamos apoyarnos en la obra de Laín desde diferentes perspectivas, lo que supone diversas lecturas de su rico contenido. En el presente artículo voy a intentar exponer mi particular punto de vista acerca de la posición que dicha obra ocupa en el desarrollo de la historiografía médica.

II

Laín Entralgo pertenece a una generación de historiadores de la medicina de personalidad muy definida. Sus principales figuras (el propio Laín, Ackerknecht, Rosen, Temkin, etc.) pueden ser llamados, con una venerable expresión, «gigantes sobre cuyos hombros nos apoyamos», porque de ellos proceden los planteamientos que hoy son paradigmáticos para cualquier cultivador medianamente serio de la disciplina. Por encima de una evidente diversidad, sus aportaciones han tenido como denominador común acentuar el carácter médico de la misma, con la intención de convertirla primordialmente en un estudio diacrónico de los problemas de la ciencia y de la práctica médicas. Ello supone una postura inequívoca ante una cuestión básica de gran importancia. Con mucha frecuencia, dicha cuestión se escamotea con fórmulas retóricas que glosan la condición de puente interdisciplinar de la historia de la medicina y encubren la aspiración, humanamente disculpable, de figurar simultáneamente en sus dos extremos. En la práctica, sin embargo, hay que elegir entre estudiar temas relacionados con la enfermedad y la medicina desde los planteamientos propios de la ciencia histórica o contribuir al estudio de cuestiones médicas mediante el método histórico. Cada alternativa responde a unos «need and uses» diferentes y socialmente incompatibles.

La postura adoptada por Laín y su generación en este punto ha sido consecuente con

la tradición de la historia de la medicina que, desde sus orígenes, viene siendo ante todo una disciplina universitaria cuyo principal objetivo es contribuir a la formación de los médicos. Esta función está obviamente condicionada por los patrones de conducta de los profesionales de la medicina ante la información científica. Como es sabido, hasta mediados del pasado siglo, los médicos se interesaron por la información procedente de cualquier época anterior para aprovecharla desde el punto de vista doctrinal o práctico. No existía distinción entre la información médica contemporánea y la del pasado, por lo que se confundían las disciplinas que hoy llamamos documentación médica e historia de la medicina. La diferenciación entre ambas fue consecuencia de la aparición, a mediados del siglo XIX, del llamado proceso de obsolescencia. A partir de entonces, la situación de la historia de la medicina puede formularse en los siguientes términos: si los médicos están absorbidos por la información al día o en uso —ante cuyo crecimiento exponencial se sienten desbordados— ¿qué interés puede tener la información obsoleta del pasado? La pregunta ha sido contestada por una gran mayoría de forma rotunda: la historia de la medicina carece de todo interés desde una perspectiva médica. Ello no quiere decir, como a veces parece creerse, que tenga que desaparecer de la faz de la tierra, sino que socialmente debe convertirse en una mera rama especializada del saber histórico y, en concreto, de la historia de la ciencia. Esta es precisamente la «*history of medicine without medicine*» que durante los últimos años parece haber encontrado de nuevo numerosos seguidores.

La constitución de la historia de la medicina como disciplina médica autónoma tuvo como base una respuesta de sentido contrario a la que acabamos de considerar, aunque asumiera igualmente las consecuencias del proceso de obsolescencia de la información científica. Su formulación inicial más lúcida fue, como es sabido, la de Theodor Puschmann, cabeza indiscutible del movimiento fundacional a fines del siglo XIX, que consideraba que nuestra disciplina respondía a las exigencias planteadas por el propio desarrollo especializado de la medicina. Este desarrollo hacía necesario un punto de vista general que sirviera para integrar a todas las disciplinas y especialidades que la componían, así como para conectarla con los demás aspectos de la cultura y de la vida humana. El programa de Puschmann cristalizó doctrinal e institucionalmente gracias a la generación de Sudhoff y Neuburger. La disciplina se enriqueció y alcanzó diversidad con la generación siguiente, encabezada por Diepgen y Sigerist.

Sin una relación discipular directa con las figuras de entreguerras, aunque principalmente influido por algunos planteamientos de Diepgen y de Sigerist, Laín ha contribuido al desarrollo de la historiografía médica con la obra de mayor altura intelectual de su generación.

III

Su punto de partida fue el libro *Medicina e historia* (1941), monografía de carácter programático que incluía un primer planteamiento de su concepción de la disciplina. El análisis de los problemas del saber y de la práctica médicos mediante el método histórico plantea una serie de cuestiones básicas, relativas a la capacidad de aclaración sistemática de la historia y a la estructura de la propia medicina, con las que Laín ya se